Zygmunt Bauman, *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?*, 2014, Barcelona, Paidós, trad. de Alicia Capel Tatjer, 108 pp.

RECEPCIÓN: 13 de enero de 2016.

APROBACIÓN: 3 de mayo de 2016.

Esta publicación reciente de Bauman, ya ampliamente conocido por la lucidez y agudeza de sus observaciones sociales, tiene un título que hace claro desde el principio el objeto de su investigación. A obras anteriores, en las que analiza las características del “mundo líquido”, que se manifiesta en fenómenos tan diversos como el amor o el tiempo líquidos, siguieron análisis relativos al modo como el Estado propio de la modernidad, al haber renunciado al objetivo de construir “una sociedad de bienestar”, ha abandonado a sus integrantes a la tarea de remediar sus necesidades con sus solas fuerzas. Al mismo tiempo, ha dejado de caracterizarse por ser una economía de producción, en la que numerosas actividades encontraban una justificación, para transformarse en una economía de consumo, que somete a los seres humanos a la búsqueda y adquisición de nuevos productos que se renuevan sin cesar y hacen aparecer un espejismo de felicidad que se mantiene solo hasta “nuevo aviso”.

Con ello, el Estado ha perdido su legitimidad tradicional —la satisfacción de las necesidades individuales— y ha tenido que encontrar una nueva razón para su legitimación en la propuesta de brindar protección frente a realidades que representan un peligro para los individuos. Ello lo ha llevado a descubrir nuevas amenazas, causas de miedo e inseguridad. Las ha encontrado con relativa facilidad ante todo en aquellos sujetos que, por razones diversas, no se han incorporado a la economía de consumo y que, por su aparición fantasmagórica en los medios urbanos, hacen aparecer las ciudades como lugares atemorizantes, erizados de peligros. En estas condiciones, los privilegiados se refugian en fraccionamientos cerrados y muy protegidos, en

los cuales se sienten a salvo, pero que, paradójicamente, no hacen sino aumentar el temor a “los extranjeros”. Se vive en un clima de “confianza y temor en la ciudad”.

La economía de consumo propia de la posmodernidad se caracteriza por generar cantidades ingentes de “vidas desperdiciadas”, “descartables”, cada vez más incapaces de incorporarse a la sociedad. Esta economía liberal de consumo trata de justificarse predicando sin cesar que “la riqueza de unos pocos nos beneficia a todos”. Es la razón, dicen, por la cual aquellos pocos que poseen grandes riquezas deben pagar pocos impuestos, si acaso. Su situación privilegiada —continúan diciendo— debe ser considerada como consecuencia de una ley natural (clara aplicación del darwinismo social). A ellos se les debe gran reconocimiento, y así lo solicitan, a causa de las inversiones que realizan y que producen nuevos y numerosos empleos, etcétera.

Este es el punto que debate brillantemente Bauman, quien inicia su obra presentando las diversas justificaciones para la acumulación de esas grandes riquezas en manos de unos pocos. Una de las principales es que “la persecución del beneficio individual también proporciona el mejor mecanismo para la persecución del bien común” (p. 13), cuando lo que se ha visto en los últimos años es que la acumulación de riquezas en pocas manos ha venido acompañada de cada vez más desigualdades en la renta, por lo cual se puede afirmar que “la riqueza acumulada por las clases más ricas no se ha ‘filtrado’ en absoluto hacia abajo ni nos ha hecho más ricos al resto, ni nos ha hecho sentir más seguros y optimistas respecto a nuestro futuro y el de nuestros hijos, ni tampoco nos ha hecho más felices” (p. 15).

El autor presenta cifras impresionantes que ponen de relieve las enormes desigualdades que existen en el mundo de hoy y que lo llevan a concluir que “en casi todas partes del mundo la desigualdad está creciendo rápidamente, y esto significa que los ricos y especialmente los muy ricos, son cada vez más ricos, mientras que los pobres, y especialmente los muy pobres, son cada vez más pobres” (p. 22).

El modelo económico que ha prevalecido en los últimos años, el modelo liberal que alcanza niveles radicales, solo ha servido para destruir el tejido social al polarizar de manera extrema la riqueza. Lo han demostrado y analizado diferentes autores, que son pasados a revista por nuestro autor.

La obra es interesante porque además de exponer el problema, examina las razones que han servido para justificar esa realidad. Se trata de determinadas presunciones en las que se basan numerosas decisiones y discursos

que se hacen en voz alta, presunciones sobre las cuales casi nunca se reflexiona. Así, por ejemplo, la convicción de que la persona, al buscar su propio beneficio, también beneficia a la “comunidad en su conjunto”, o que al actuar de forma egoísta se beneficia a los demás, que el elitismo es eficiente o que la exclusión es normal y necesaria para la buena salud de la sociedad, que la codicia es buena para mejorar la vida y que es inevitable la desesperación que produce.

Bauman se refiere a algunos de esos presupuestos que sostienen al modelo económico vigente. Así, por ejemplo, la idea de que “el crecimiento económico es la única manera para superar los problemas de la existencia humana”, que el crecimiento económico continuo es el camino más eficaz para lograr la felicidad, que la desigualdad entre los seres humanos es natural o que la competitividad es la condición necesaria para lograr la justicia social (p. 45). Mas afirmar esto, que significa considerar que el crecimiento económico es la clave de la felicidad y del equilibrio social, no significa que “esta convicción sea innata ni en modo alguno consubstancial a los humanos” (p. 47). Considerar que el bienestar de la humanidad es obra “de la mano invisible del mercado”, es ignorar ingenuamente de quién es esa mano y hacia dónde encamina sus movimientos.

La apuesta por la vía del solo crecimiento económico y de la desregulación del mercado olvida que un incremento de la riqueza total va acompañado siempre de una profundización en la desigualdad social (p. 53). Prueba de ello es que más del 90% del crecimiento del producto nacional de Estados Unidos desde la crisis de 2007 benefició al 1% más rico de su población. Por eso, el sistema busca a toda costa asegurar los privilegios de los pocos (aunque el 1% esté compuesto por muchos) y no el beneficio de la sociedad. El problema, y este es el punto central, está representado no por la producción de la riqueza, sino por su distribución.

Este deseo de tener más, aunque sea a cambio de que los otros tengan cada vez menos, expresa la voluntad de que el mundo se pliegue a nuestros caprichos y de expulsar del mundo todo aquello que se interponga. De este modo, se ha generado este mundo de consumo dominado por los nuevos productos de la tecnología, que son los señuelos que nos atraen con la falsa promesa de proporcionarnos felicidad. Este mundo dominado por un consumo creciente y desenfrenado es un mundo narcisista, al que solo cabe oponer la realidad del auténtico amor. Pero “la última área que se ha abierto a la

explotación en el mercado de consumo no es la del amor, sino la del narcisismo” (p. 66).

En esta sociedad de consumo se cifra la felicidad en comprar las últimas novedades producidas por la tecnología, las que, al ser adquiridas, muy pronto revelan la falsedad de su promesa, pero advierten a la vez que el fruto deseado —la felicidad— se conseguirá tan pronto se entre en posesión del nuevo producto que ya se anuncia. Es la actualización del mito de Sísifo, prometer la satisfacción de una sed que, habiendo probado un sorbo de agua, se renueva más profundamente y sin cesar.

Como consecuencia de la acumulación de riquezas en manos de unos pocos, estalla periódicamente una ira creciente. Entre tanto, se impulsan las ansias de un consumo de productos siempre renovados. “Es famosa la afirmación de George Ritzer de que los supermercados son nuestros templos; y la lista de la compra, añadiría yo, son nuestros breviarios, mientras que nuestros paseos por los centros comerciales se han convertido en nuestras peregrinaciones. Comprar por impulso y deshacerse de las cosas que poseemos y que ya no son lo bastante atractivas para sustituirlas por otras más atractivas constituyen nuestras emociones más fuertes” (p. 74). Se generaliza la idea de que no consumir es perder el gozo de la vida, es perder toda dignidad, es perder el sentido de la existencia.

Bauman se refiere igualmente a diversos movimientos sociales que procuran evitar la orgía consumista en la que vivimos y que tratan de hacer patente la falacia que engendra. Una de tales falacias, como dijimos, es la “naturalidad” de la desigualdad social, que nos hace creer que las capacidades humanas están distribuidas entre los seres humanos de manera desigual y que los pocos que tienen muchos bienes económicos poseen más habilidades y por ello deben ser financiados y recompensados.

Otra falacia es que la competitividad es la clave de la justicia. Aquí el análisis de Bauman se eleva a consideraciones filosóficas que recuerdan, por ejemplo, las denuncias realizadas por Martin Heidegger sobre las consecuencias nefastas que trae un mundo dominado por la técnica. El ser, en palabras de este filósofo, es olvidado por el hacer del hombre, por la actividad mediante la cual el ser humano se enfrenta a un mundo cada vez más “fabricado” o “hecho” por él. Esta posición filosófica es heredada de Kant, para quien los únicos “objetos” de nuestro conocimiento son aquellos que han recibido las formas *a priori* impresas por el sujeto cognoscente.

En este punto, las observaciones de nuestro autor son por demás agudas y muy interesantes: el positivismo de los últimos siglos, refinado por las posturas filosóficas idealistas trascendentales y absolutas, nos ha acostumbrado a vivir en un mundo cuya realidad y sentido son obra del hacer humano. El ser ha sido olvidado y su lugar ha sido reemplazado por el hacer del hombre. La realidad más profunda es olvidada, por lo que

se puede concluir que las cosas, naturalmente pasivas, sumisas, mudas, están ahí (sea lo que sea “ahí”) para servir a sujetos característicamente activos, inteligentes y con capacidad de decisión. Las cosas son “cosas” en la medida en que lo son. No son “cosas” debido a sus intrínsecas cualidades “cosificadas”, sino en razón de la relación que han establecido con los sujetos. Y son los sujetos quienes establecen esta relación; son los sujetos los que conceden a sus objetos el estatuto de “cosas” —y los mantienen con este estatus, salvo si escapan. [p. 94]

Esta relación que el ser humano mantiene con los objetos se traspone en la actualidad a la convivencia con otros seres humanos. “Esta tendencia a desviar y transferir de manera ilegítima este esquema, desafiando con ello la lógica y la moral, se ha generalizado, sin embargo, a nuestra sociedad de consumidores, líquida e individualizada, y continúa mostrando signos de fuerza” (p. 96).

En esta sociedad consumista, “el otro” es convertido en un puro medio para ser “consumido”, para satisfacer el propio deseo... y cuando es usado, es simplemente desechado, fenómeno que aumenta cada vez más.

Las relaciones humanas se han convertido en fenómenos descartables, propio de una sociedad líquida, y pronto pasan al trasto de los objetos usados y que han perdido interés. “Esa fragilidad y revocabilidad de los vínculos humanos se convierte a su vez en una fuente permanente de miedo a la exclusión, al abandono y a la soledad, que amenaza a tantos de nosotros en la actualidad y causan tanta ansiedad espiritual e infelicidad” (p. 98).

En estas páginas se muestra un Bauman que no solo describe, sino que también descubre las raíces filosóficas más profundas de las relaciones humanas líquidas que caracteriza la sociedad de nuestros días. Pero va más allá y señala, además, el remedio que le parece adecuado para solucionar esta situación: que se recupere “una relación verdadera y plena” caracterizada por un encuentro genuino y una cooperación entre agentes autónomos y con impulso propio, en la que los protagonistas “no pueden tener una soberanía indi-

visible sobre la situación ni el dominio íntegro de su desarrollo” (p 99). Un mundo que posibilite la cooperación y la solidaridad, en el cual el otro no es un objeto para consumir sino una persona con la cual relacionarse y con la cual poder proyectar objetivos comunes, en donde sea posible “la cooperación desinteresada y la pura amistad” (p. 101). En ese mundo se va más allá del anhelo de dominio y se abre la posibilidad del amor, sabiendo que “el amor de un ser humano por otro ser humano significa compromiso, aceptar los riesgos, estar dispuesto a sacrificarse: significa elegir una vía incierta y sin referencias, difícil e irregular, esperando (y queriendo) compartir su vida con otra persona” (p. 64).

Este pequeño libro es un magnífico ejemplo del mejor Bauman.

JAIME RUIZ DE SANTIAGO

Departamento Académico de Estudios Generales,
ITAM